

pero no olvidemos la opinión de Aristóteles, para quien lo que pone en movimiento al cuerpo, á lo cual llama *entelequia*, es cosa tan obscura é indeterminada como cualquiera de las ideas de los filósofos precedentes; pues no habla ni de la esencia, ni del origen, ni de la naturaleza del alma, limitándose á señalar sus efectos. Lactancio, Séneca y la mayor parte de los filósofos dogmáticos confesaron que era cosa que no entendían; y Cicerón declara, al ver semejante diversidad de opiniones: *Harum sententiarum quæ vera sit, deus aliquis viderit* ¹.

Por experiencia propia conozco, dice san Bernardo, hasta qué grado la esencia de Dios es incomprendible, puesto que la de mi propio ser soy incapaz de penetrar. Heráclito, que consideraba todos los seres llenos de almas y de espíritus, aseguraba sin embargo que no podía avanzarse tanto en el conocimiento de aquella que pudiera llegarse á él. Por tan imposible tenía profundizar la esencia del espíritu.

No hay menos disensión ni se debate menos el lugar en que el alma reside. Hipócrates y Herófilo la colocan en el cerebro; Demócrito y Aristóteles, esparcida por todo el cuerpo:

Ut bona sæpe valetudo quum dicitur esse
Corporis, et non est tamen hæc pars ulla valentis ²;

Epicuro, en el estómago:

Hic exsultat enim pavor ac metus; hæc loca circum
Lætitia mulcent ³;

los estoicos, rodeando el corazón y dentro del mismo; Erasistrato, unida á la membrana del epicráneo; Empédocles, en la sangre, y también Moisés, por lo cual prohibió á su pueblo que se sirviera como alimento de la sangre de los animales, á la cual el alma va unida; Galeno opinó que cada parte de nuestro cuerpo tiene su alma correspondiente; Strato la sitúa entre ceja y ceja. *Qua facie quidem sit animus, aut ubi habitet, ne querendum quidem est* ⁴, dice Cicerón, cuyas propias palabras transcribo aquí de buen grado sin alteración alguna, pues sería insensato que yo pretendiese alterar el lenguaje de la elocuencia. Es además difícil desfigurar sus argumentos que son poco frecuentes, poco sólidos y nada ignorados. La razón por qué Crisipo y los demás filósofos de su secta colocan el alma alrededor del corazón merece consignarse, y es la siguiente: cuando

1. Cuál de estas opiniones sea la verdadera, sólo un dios podría decirlo. CICERÓN, *Tusc.*, I, 11.

2. Así se dice que la buena salud está en el cuerpo, y sin embargo no es una parte del hombre que de ella dispone. LUCRECIO, III, 103.

3. En él se nota la depresión producida por el miedo y el terror; en torno de él se advierte el deleite suave y engendrado por las plácidas sensaciones. LUCRECIO, III, 132.

4. Cuál sea la figura del alma y en qué parte del cuerpo reside, cuestiones son éstas que es inútil investigar. CICERÓN, *Tusc.*, I, 28.

queremos dar fe cabal de alguna cosa, dice, ponemos nuestra mano en el pecho, y cuando pronunciamos la palabra *Ἐγὼ*, que significa yo, la mandíbula inferior se inclina hacia el mismo. Estos detalles no deben dejarse pasar sin consignar al propio tiempo la vanidad de un personaje tan principalísimo como Crisipo, pues aparte de que tales ideas carecen en absoluto de fundamento, la última no prueba sino á los griegos que tengan el alma en aquel lugar. Ningún juicio humano por despierto que sea deja de caer á veces en singulares soñaciones. Más todavía: ved á los estoicos, padres de la humana prudencia, que consideran que el alma de un hombre que acaba sus días de violenta muerte se arrastra y sufre largo tiempo antes de separarse del cuerpo, no pudiendo desasirse de la carga del mismo, como un ratón que cae en la ratonera. Afirman algunos que el mundo fué creado para que en él encontraran cuerpo, como castigo de sus culpas los espíritus caídos que perdieron la pristina pureza en que fueron creados, pues la primera creación fué incorpórea. Según que éstos se alejaron más ó menos de su espiritualidad, así se los incorpora ligera ó pesadamente; de aquí la variedad de cantidad tan grande de materia. Mas el espíritu que á causa de la magnitud de sus culpas fuese investido del cuerpo del sol debía tener una cantidad de pecados bien rara y particular.

El término de nuestras disquisiciones es constantemente la confusión y el embrollo; como Plutarco dice del comienzo de las historias, que á la manera de los mapas la extremidad de las tierras conocidas se compone de lagunas, intrincadas selvas, desiertos y lugares inhabitables; he aquí por qué los más groseros y triviales desatinos se encuentran con mayor frecuencia en los que tratan de cosas elevadas y profundas, abismándose en su curiosidad y presunción. El fin y el comienzo de la ciencia fundaméntanse en análoga insensatez; ved cómo vuela el espíritu de Platón, cómo se cierne en nubes poéticas; ved cómo en sus diálogos se expresan los dioses en lengua enigmática. Pero, ¿dónde tenía la cabeza cuando dijo que el hombre era un animal sin pluma, con dos pies? Con tal definición dió margen á que los que querían burlarse de él encontraran ocasión de hacerlo; pues habiendo desplumado un capón vivo, todos le nombraban « el Hombre de Platón ».

¿Y qué decir de los discípulos de Epicuro? ¿Cuál fué la simpleza que les movió á imaginar que sus átomos, que consideraban como cuerpos dotados de cierta pesantez y un movimiento natural hacia abajo, hubieran edificado el mundo, hasta que gracias á sus adversarios advirtieron que según aquellas propiedades era imposible que los átomos se unieran los unos á los otros, puesto que su caída era recta y perpendicular y por eso dichos cuerpos describían solamente líneas paralelas en todas direcciones? Por lo cual

se vieron obligados á admitir un movimiento de lado, fortuito, y á suponer además en los átomos colas curvas, en forma de gancho, con que hacerlos capaces de unirse de manera compacta. Y con todo, todavía les ponían en duro aprieto los que les presentaban este reparo: « Si vuestros átomos formaron sin más causa ni razón que el acaso tantos géneros de formas y figuras, ¿por qué no acertaron jamás á hacer una casa ó un zapato? ¿por qué no creer con igual fundamento que una cantidad infinita de letras griegas arrojadas en medio de la calle fueran capaces por sí mismas de formar la contextura de la *Iliada*? »

Todo aquello que es capaz de razón, dice Zenón, aventaja á lo que no es susceptible de ella; no existe nada superior al mundo; por consiguiente éste es susceptible de razón. Cotta, valiéndose de este mismo argumento, hace al mundo matemático; y valiéndose de otras razones del filósofo precitado, le convierte en músico y organista: el todo es mayor que una de sus partes; nosotros somos capaces de filosofía y formamos parte del mundo, por consiguiente el mundo es sabio. Pudieran citarse infinidad de ejemplos análogos, y no sólo de argumentos falsos, sino también sin fuerza, que no pueden tomarse en serio, y que acusan á sus autores no tanto de ignorancia como de imprudencia, de las censuras que los filósofos se hacen los unos á los otros en las disensiones sobre sus pareceres y sus distintas sectas.

Quien juntara convenientemente un montón de asnerías hijas de la humana sapiencia diría cosas maravillosas. Yo reúno algunas para que al efecto sirvan de muestra, no menos útiles de considerar que las que son sanas y moderadas. Juzguemos por ellas el mérito que debemos hacer del hombre, de sus sentidos y de su razón, al ver que todos esos grandes filósofos que á tan elevadas regiones levantaron la humana suficiencia, incurrieron en errores tan evidentes y tan descomunales.

Yo prefiero creer que la filosofía trató la ciencia de una manera casual, como cosa de juego de manos, y que los filósofos se sirvieron de la razón como de un instrumento vano y frívolo, sentando como ciertos toda suerte de fantasías y caprichos, unas veces fuerte y otras débilmente. El mismo Platón, que define al hombre como si fuera una gallina, escribe en un pasaje de sus obras lo que Sócrates ya había dicho, esto es: « Que en verdad ignora qué cosa sea el hombre; y que lo que puede afirmar es que lo tiene por una de las cosas del mundo más difíciles de conocer. » Por esta variedad é inestabilidad de opiniones nos llevan como por la mano, tácitamente, á la resolución de su irresolución. Procuran adrede no mostrar siempre con entera claridad sus opiniones, obscureciéndolas ya bajo las sombras fabulosas de la poesía, ya bajo algún otro difraz, pues nuestra imperfección hace que la carne cruda no sea siem-

pre la más adecuada para nuestro débil estómago; es preciso condimentarla, alterarla y corromperla; así hacen los filósofos, rodean con frecuencia de tinieblas sus sencillas opiniones y sus juicios, y los falsean para acomodarlos al uso público. No quieren hacer profesión expresa de ignorancia, no se resignan á confesar la debilidad de la razón humana, para no meter miedo á los muchachos, pero descubren suficientemente ambas cosas con su ciencia inconstante y turbia.

Encontrándome en Italia aconsejé á una persona á quien costaba mucho trabajo expresarse en la lengua del país que, con tal de que no pretendiera sino hacerse entender, sin que ni siquiera le pasara por las mientes el emplear filigranas, que echara mano sólo de las primeras palabras que le vinieran á la boca, ya fueran latinas, francesas, españolas ó gasconas, y que las añadiera la terminación italiana; de tal suerte no dejaría de hallar algún habla italiana: toscana, romana, veneciana, piemontesa ó napolitana, con la cual coincidiría la suya. Lo propio siento de la filosofía; ofrece ésta tal variedad y aspectos tan diversos; ha sentado tantos principios, que todos nuestros ensueños y delirios se encuentran encerrados en ella; la mente humana no es capaz de concebir ninguna idea, buena ó mala, que ya la filosofía no haya formulado: *nihil tam absurde dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum*². Yo doy rienda suelta á mis caprichos ante el público; bien que germinaron en mí sin ningún modelo, estoy seguro de que tendrán alguna relación con algún sistema antiguo, y no faltará alguien que diga: « Ved de dónde tomó sus ideas. »

Mis costumbres son puramente hijas de la naturaleza; para dar con ellas no apelé al auxilio de ajena disciplina; tan sencillas como son, cuando á las mientes me vino la idea de que salieran al público con algún decoro creí conveniente entreverarlas con ejemplos y reflexiones, y yo mismo me maravillo al encontrarlas, por caso peregrino, de acuerdo con mil diversos filósofos. El régimen de mi vida no lo aprendí sino á expensas de mi propia experiencia, luego que hube empleado aquélla, que es un caso nuevo de filosofía casual é impremeditada.

Volviendo á nuestra alma; eso de que Platón pusiera la razón en el cerebro, la ira en el corazón, la codicia en el hígado, quizás obedezca á que tal doctrina sea más bien una interpretación de los movimientos de nuestro espíritu que la separación y división de un todo compuesto de diversos miembros. La más verosímil de las opiniones filosóficas es que siempre es un alma sola la que con el auxilio

1. No es posible decir nada, por absurdo que sea, que no se encuentre ya dicho por algún filósofo. CICERÓN, de *Divinat.* II, 58.

de sus facultades raciocina, recuerda, comprende, juzga, desea y ejecuta todas las demás operaciones con el concurso de los instrumentos corporales, como el que gobierna su barco conforme la experiencia le enseñó, ya sujetando una cuerda, ya levantando una entena ó moviendo el remo; empleando solamente una sola facultad dirige la nave toda. Que el lugar en que el alma reside es el cerebro, pruébalo el que las heridas ú otros accidentes que le tocan, afectan al punto las facultades de aquélla; del cerebro pasa á las demás partes del cuerpo,

Medium non deserit unquam
Cœli Phœbus iter; radiis tamen omnia lustrat ¹;

á la manera que el sol esparce su claridad desde el cielo, con la cual inunda el mundo:

Cetera pars animæ, per totum dissita corpus,
Paret, et ad numen mentis momenque movetur ².

Algunos dijeron que había un alma general como un gran cuerpo, del cual todas las almas particulares surgían; y que luego volvían á él uniéndose de nuevo á esa substancia universal:

Deum namque ire per omnes
Terrasque, tractusque maris, cœlumque profundum:
Hinc pecudes, armenta, viros, genus omne ferarum,
Quemque sibi tenues nascentem arcessere vitas:
Scilicet huc reddi deinde, ac resoluta referri
Omnia; nec morti esse locum ³:

otros que no hacían más que juntarse y unirse; otros que emanaban de la esencia divina; otros, por intermedio de los ángeles, de fuego y aire; algunos, que nacieron en tiempos remotísimos; otros en el mismo instante que el cuerpo; algunos las hacen descender del círculo de la luna y volver á él; la mayor parte de los filósofos antiguos creían que las almas se engendran de padres á hijos, de modo análogo á las demás cosas naturales, fundándose para ello en el parecido de los hijos con los padres:

Instillata patris virtus tibi ⁴;
Fortes creantur fortibus, et bonis ⁵;

y porque pasan de padres á hijos, no sólo las huellas corporales, sino también el carácter, la complexión é inclinaciones del alma:

1. Febo no abandona jamás su camino marcado en medio del cielo, y sin embargo todo lo alumbró con sus rayos. CLAUDIANO, de Sexto consul. Honorii, V, 411.
2. La otra parte del alma, extendida por todo el cuerpo, está sometida á la inteligencia y se mueve á tenor de esta potencia suprema. LUCRECIO, III, 144.
3. Pues que Dios se halla en toda la tierra, en el amplio mar y en el inmenso cielo, é infunde el soplo de la vida á todo ser que nace; así al hombre como á todas las especies animales. Estos seres sufren después transformaciones hasta que vuelven al punto de origen: la muerte no existe. VIRGILIO, Georg., IV.
4. La virtud de tu padre se ha transmitido á ti.
5. Un hombre esforzado nace de otro hombre esforzado. HORACIO, Od., IV, 4, 29.

¿Denique cur acris violentia triste leonum
Siminim sequitur? doli' vulpibus, et fuga cervis
A patribus datur, et patrius pavor incitat artus?

Si non certa suo quia semine, seminioque
Vis animi pariter crescit cum corpore toto ¹?

dedujeron que tal principio sirve de fundamento á la justicia divina, que castiga en los hijos los delitos de los padres; puesto que la huella de los vicios paternos viene á sellarse en algún modo en el alma de los hijos, y el desorden de la voluntad de aquéllos pasa á éstos. Con mayor razón si las almas tuvieran procedencia distinta á la continuación natural, y si hubieran desempeñado algún oficio cuando se encontraban fuera del cuerpo, recordarían cuál fué su ser primero en razón á las facultades que las son peculiares de discurrir, razonar y recordar:

Si in corpus nascentibus insinuat,
Cur super anteaquam ætatem meminisse nequimus,
Nec vestigia gestarum rerum ulla tenemus ²?

pues para hacer valer la condición de ellas como pretendemos, es preciso presuponerlas sabias cuando se encuentran en el estado de simplicidad y pureza naturales; así hubieran permanecido hallándose libres de la prisión corporal, lo mismo que antes de entrar en ella, y lo mismo que serán cuando hayan salido; si nos halláramos convencidos de esto sería preciso que lo recordasen todavía estando en el cuerpo, conforme Platón sentaba, al afirmar que todo lo que aprendemos no es más que el recuerdo de lo que sabíamos antes, cosa que todos pueden considerar como falsa reparando en su propia experiencia; en primer lugar, porque no recordamos más que lo que hemos aprendido previamente, y si la memoria cumpliera exclusivamente con su misión nos sugeriría al menos algún rasgo ajeno al aprendizaje; en segundo lugar, lo que el alma conoce en su estado de pureza, constituiría una verdadera ciencia; conocería las cosas como realmente son, auxiliada por su divina inteligencia; en el mundo acoge el vicio y la mentira si en ambas cosas se la instruye, y para las cuales no puede servirse de su reminiscencia, pues que ninguna de las dos cosas penetraron jamás en ella. Decir que la prisión corporal ahoga hasta extinguirlas sus facultades nativas es desde luego contrario á los que reconocen ser tan grandes las fuerzas del alma y lo mismo sus operaciones que los hombres reconocieronlas tan admirables en

1. ¿Por qué, en fin, trasmite el león su ferocidad á sus cachorros, la zorra su astucia y el ciervo su timidez y su ligereza? Proviene esto sin duda de que justamente con el cuerpo el alma desarrolla las cualidades y energías que recibidas por herencia permanecen en ella en germen. LUCRECIO, III, 741, 746.

2. Si el alma se une con el cuerpo cuando éste nace, ¿por qué no recordamos esta vida precorpórea ni conservamos ningún vestigio de los hechos que en ella tuvieron lugar? LUCRECIO, III, 671.

esta vida, que de ellas dedujeron su divinidad y eternidad pasadas y la inmortalidad en lo porvenir :

Nam si tantopere est animi mutata potestas,
Omnis ut actarum exciderit retinentia rerum,
Non, ut opinor, ea ab letho jam longior errat ¹ ;

además, sólo en nosotros mismos y no en otra parte deben considerarse las fuerzas y efectos del alma ; el resto de sus perfecciones es para ella vano é inútil ; por el estado presente debe reconocerse su inmortalidad toda, y á sus relaciones con la existencia humana debemos sujetarnos. Sería el colmo de las injusticias acortar sus medios y potencias, desarmarla, á causa del tiempo que duró su prisión y cautividad, de su debilidad y enfermedad contraídas durante el espacio en que estuvo ligada y sujeta ; juzgarla digna de perpetua condenación ; detenerse en la consideración de un tiempo tan reducido, que á veces suele ser una ó dos horas, y cuando más un siglo, que comparados con la eternidad no son más que un instante, para dictaminar de un modo definitivo de todo su ser, no es equitativo en modo alguno, como tampoco lo sería la recompensa eterna como premio á una tan corta vida. Platón, para salvar esta desproporción, quiere que el castigo ó la pena futuros se limiten á cien años, período que guarda cierta armonía con el tiempo que vivimos en la tierra ; otros filósofos supusieron también límites temporales, á la sentencia última, con lo cual juzgaron que la generación del alma seguía la marcha común de las cosas humanas, como igualmente la vida de las mismas, según las opiniones de Epicuro y Demócrito, que han sido las más recibidas, fundándose en que se veía al alma nacer al par que el cuerpo y crecer en fuerzas, lo mismo que las materiales ; reconocíase en ella la debilidad de su infancia ; con el tiempo, el vigor y la madurez, luego su declinación y vejez, y por último su decrepitud :

Gigni pariter cum corpore, et una
Crescere sentimus, pariterque senescere mentem ².

Considerábanla como capaz de pasiones diversas, agitada por diferentes movimientos penosos por donde venía á caer en cansancio y dolor ; capaz igualmente de alteración y cambio, de ligereza, sopor y languidez ; sujeta, en fin, á enfermedades y peligros como el estómago ó los pies :

Mentem sanari, corpus ut ægrum,
Cernimus, et flecti medicina posse videmus ³ ;

1. Puesto que si las facultades del alma se transforman hasta el punto de perder en absoluto el recuerdo de su anterior existencia, esta transformación difiere muy poco de la muerte. *Lucrecio*, III, 674.

2. Percibimos que nuestro espíritu nace simultáneamente con nuestro cuerpo, que se desarrolla juntamente con él y que decae al mismo tiempo que él. *Lucrecio*, III, 446.

3. Vemos que el espíritu puede curarse, como un cuerpo enfermo, con el socorro de la medicina. *Lucrecio*, III, 509.

leslumbrada y trastornada por la fuerza del vino, fuera de su natural asiento por los efectos de la fiebre, adormecida por la aplicación de ciertos medicamentos y despejada por el concurso de otros :

Corpoream naturam animi esse necesse est,
Corporeis quoniam telis ictuque laborat ¹ ;

veíanse todas sus facultades embotadas y por los suelos, por la sola mordedura de un perro enfermo, y carecer en absoluto de toda firmeza de raciocinio, al par que de suficiencia, virtud y resolución filosóficas ; no ser dueña de sus fuerzas para poderse librar del efecto de semejantes accidentes ; la baba de un miserable mastín inoculada en la mano de Sócrates dar al traste con toda su filosofía, con todas sus elevadas y ordenadas ideas ; aniquilarlas de modo que no quedara ninguna huella de su conocimiento primero :

Vis... animai
Conturbatur, et... divisa seorsum
Disjectatur, eodem illo distracta veneno ² ;

y ese veneno no encontrar mayor resistencia en aquella alma que en la de una criatura de cuatro años ; capaz de convertir toda la filosofía, de estar encarnada, en insensata y furiosa ; de suerte que Catón, que permanecía indiferente ante la muerte y ante la fortuna, no pudiera fijar la mirada sobre un espejo ni en el agua, transido de horror y espanto, de caer por la mordedura de un perro rabioso en la enfermedad que los médicos llaman hidrofobia :

... Vis morbi distracta per artus
Turbat agens animam, spumantes æquore salso
Ventorum ut validis ferbescum viribus undæ ³.

La filosofía armó bien al hombre para el sufrimiento de todos los demás accidentes, unas veces con la paciencia, y cuando le cuesta demasiado encontrarla con el decaimiento, que aparta la idea de toda sensación ; pero éstos son medios de que sólo puede servirse un alma dueña de sí misma y de sus fuerzas, capaz de raciocinio y deliberación ; mas no el accidente por virtud del cual el alma de un filósofo se trueca en la de un loco, alterada, perdida y fuera de su asiento, á lo cual pueden dar margen muchas causas, como una agitación vehemente producida por una fuerte pasión del alma, una herida en determinada región del

1. El alma es sin duda alguna de naturaleza corpórea, puesto que es sensible á la impresión de los objetos corporales. *Lucrecio*, III, 176.

2. Todas las energías del alma se debilitan y disgregan bajo la acción de aquella ponzoña. *Lucrecio*, III, 498.

3. Aquel virus, al extenderse por todo el cuerpo, agita y conturba el alma, como las olas espumosas revueltas por los huracanes hierven en el mar tempestuoso. *Lucrecio*, III, 491.

cuerpo ú otra causa cualquiera, nos llevan al atolondramiento y al deslumbramiento cerebral :

Morbis in corporis avius errat
Sæpe animus; dementit enim, deliraque fatur.
Interdumque gravi lethargo fertur in altum
Æternunque soporem, oculis nutuque cadenti ¹.

Á mi entender los filósofos no han tocado apenas este punto, como tampoco otro de importancia análoga; para aliviar nuestra mortal condición tienen constantemente en los labios este dilema: «El alma es mortal ó inmortal; si lo primero, no recibirá ningún castigo; si lo segundo, irá sucesivamente camino de la enmienda.» No hablan tampoco de si en lugar de mejorar empeora, y dejan producir á los poetas las amenazas de penas venideras, con lo cual no se mantienen mal sus sistemas. Ambas omisiones se ofrecieron muchas veces á mi consideración al ver sus discursos. Vengamos á la primera.

El alma pierde la posesión del soberano bien estoico de tanta constancia y firmeza; precisa que nuestra aparatosa prudencia se dé por vencida en este punto y rinda armas. Por lo demás, consideraban también los filósofos, empujados por la vanidad de la razón humana, que la unión y compañía de dos cosas tan diversas como son lo mortal y lo inmortal, no puede ni siquiera concebirse:

Quippe etenim mortale æterno jungere, et una
Consentire putare, et fungi mutua posse,
Desipere est. Quid enim diversius esse putandum est,
Aut magis inter se disjunctum discrepitansque,
Quam, mortale quod est, immortalis atque perenni
Junctum, in concilio sævas tolerare procellas ²?

y con mayor convicción sentaban que á la hora de la muerte acaban el cuerpo y el alma:

... Simul ævo fessa fatiscit ³;

de lo cual, al entender de Zenón, vemos una imagen en el sueño, que, en opinión de este filósofo, «es un debilitamiento y caída del alma lo mismo que del cuerpo», *contrahi animum, et quasi labi putat atque decidere*⁴; y aunque en algunos hombres la fuerza y el vigor se mantienen en el fin de la vida, explicábanlo aquéllos por la diversidad de

1. Con frecuencia durante una enfermedad el alma está perturbada, presa del delirio ó de los accesos de la locura; muchas veces la invade un letargo intenso; los ojos se cierran, la cabeza se hunde, y sobreviene el profundo y eterno sueño. LUCRECIO, III, 464.

2. Insensato es creer que lo mortal esté unido á lo eterno, formando un todo acorde, funcionando armónicamente. Porque, ¿puede darse algo más diverso, ó si se quiere más opuesto y discordante entre sí que lo que es mortal y lo que es inmortal y perenne, para que ambas cosas se avengan á estar juntas y expuestas á los combates crueles de la vida? LUCRECIO, III, 801.

3. Sucumbe con el agobiada bajo el peso de los años. LUCRECIO, III, 459.

4. Crc. de *Divinat.*, II, 58. Montaigne explica las palabras de Cicerón antes de citarlas.

enfermedades, puesto que á muchos se ve en el último trance conservar, en estado de lucimiento, ya un sentido, ya otro, unos el oído, otros el olfato, y no hay debilidad tan general que no quede algo cabal y vigoroso:

Non alio pacto, quam si, pes quum dolet ægri,
In nullo caput interea sit forte dolore ¹.

Nuestro juicio llega deslumbrándose á la posesión de la verdad como la vista del mochuelo ante el esplendor del sol, como dice Aristóteles. ¿Y por qué caminos le llevaríamos al convencimiento si no es por tan toscos cegamientos ante una tan evidente luz? La opinión contraria á la anterior, la que sostiene la inmortalidad del alma, que según Cicerón fué primeramente profesada, al menos según los libros testifican, por Ferécides Sirio en tiempo del rey Tulo, y cuya invención atribuyen otros á Thales, es la parte de la humana ciencia que ha sido tratada con más reservas y dudas. Hasta los dogmáticos más firmes se ven obligados, en este punto principalmente, á colocarse bajo el amparo de las sombras de la Academia. Nadie sabe lo que Aristóteles creyó en este particular, como tampoco lo que tuvieron por cosa asegurada en general todos los filósofos antiguos, cuyas ideas son vacilantes: *rem gratissima promittentium magis, quam probantium* ². Aristóteles se oculta bajo una nube de palabras y conceptos difíciles é ininteligibles, y ha dejado á sus discípulos tantas cuestiones por aclarar en sus ideas como en el asunto sobre que versan.

Dos cosas les hacian esta doctrina aceptable: la primera, que sin la inmortalidad de las almas no habria sobre qué fundamentar la esperanza vana de la gloria, que es una mercancía que goza de gran crédito en el mundo; la segunda, que es cosa saludable, como Platón afirma ³, el que aun cuando los vicios se aparten de la vista y conocimiento de la humana justicia, están siempre al descubierto para la divinidad, que los castigará hasta después de la muerte de los culpables. El hombre tiene una preocupación extrema de prolongar su ser, y como puede la satisface; para guardar el cuerpo están las sepulturas; para la conservación del nombre, la gloria. Todo su esfuerzo empleó en reedificarse, inquieto por su destino, y en sostenerse con el auxilio de sus maquinaciones. No pudiendo el alma mantenerse por si misma, á causa de su alteración y debilidad, por todas partes va mendigando consuelos, esperanzas, fun-

1. Así, como prueba de esta falta de enlace, nótese que á veces se padece una enfermedad dolorosa en los pies sin que la cabeza sufra la más leve alteración. LUCRECIO, III, 111.

2. Nos halagan con promesas agradables, cuya verdad no nos prueban. SENECA, *Epist.*, 102.

3. La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, y que nos toca tan profundamente que precisa haber perdido todo sentimiento para permanecer en la indiferencia en punto á saber lo que es. PASCAL.

damentos y circunstancias extrañas en que asirse y plantarse; por débiles y sin realidad que su invención se las sugiera, descansa en ellas con seguridad mayor que en sí misma y con mejor gana. Pero aun aquellos que más firmemente profesan la idea justa y clara de la inmortalidad de nuestro espíritu, es maravilla que se vieran tan cortos é impotentes para probar su creencia valiéndose de las humanas fuerzas. *Somnia sunt non docentis, sed optantis* ¹, decía un escritor antiguo. El hombre puede reconocer por este testimonio, que sólo á la casualidad debe la verdad que por sí mismo descubre, puesto que aun en el momento que la tiene en su mano carece de medios de cogerla ni guardarla, y su razón carece igualmente de fuerzas para prevalecerse de ella. Las ideas todas que nuestra inteligencia y nuestro valer engendran, así las verdaderas como las falsas, están sujetas á incertidumbre y se prestan á controversia. Para castigo de nuestro orgullo é instrucción de nuestra incapacidad y miseria envió Dios el desorden y confusión de la torre de Babel; cuanto emprendemos sin su asistencia, cuanto vemos sin la luz de su divina gracia no es más que vanidad y locura. La esencia misma de la verdad, que es uniforme y constante, cuando por casualidad la encontramos, corrompémosla y bastardeámosla con nuestra debilidad. Cualquier camino que el hombre siga por sí mismo, Dios consiente que llegue de un modo inevitable á la confusión misma cuya imagen nos representó con sin igual viveza en el justo castigo que infirió á la osadía de Nemrod, aniquilando la vana empresa de la construcción de su pirámide: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo* ². La diversidad de lenguas con que trastornó aquella obra, ¿qué otra cosa significa sino los perpetuos altercados y discordancia de opiniones y razones que acompañan y embrollan útilmente la contextura vana de la humana ciencia? ¿Quién soportaría nuestro orgullo si fuéramos siquiera capaces de un adarme de conocimiento? Congratúlame lo que dice aquel santo: *Ipsa veritatis occultatio aut humilitatis exercitatio est, aut elationis attritio* ³. ¿Hasta qué extremo de insolencia y presunción no llevamos nuestra ceguedad y torpeza?

Mas volviendo á la inmortalidad del alma, diré que sería justo y razonable en grado eminente que nos atuviéramos á Dios sólo y al beneficio de su gracia para afirmarnos en la verdad de una tan noble creencia, pues que de la sola liberalidad del Altísimo recibimos el fruto que hace nues-

1. No son verdades probadas, son ficciones de nuestro deseo. CICERÓN, *Academ.*, II, 38.

2. Confondré la sapientia de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes. SAN PABLO, á los Corint., I, 1, 19.

3. El misterio en que se oculta la verdad es útil para despertar en nosotros el sentimiento de nuestra pequeñez y para corregir nuestra presunción. SAN AGUSTIN, de *Civit. Dei*, XI, 22.

tro espíritu imperecedero y capaz de gozar de la beatitud eterna. Confesemos ingenuamente que sólo de Dios nos vino esa creencia y esa fe, porque no es lección que pueda encontrarse con el auxilio de las luces de nuestro entendimiento. Quien sondee su ser y sus fuerzas por dentro y por fuera sin ampararse en el privilegio divino; quien contemple al hombre sin adularle, no verá en él eficacia ni facultad que huelva á cosa distinta que la tierra y la muerte. Cuanto más nos damos, brindamos y rendimos á Dios, nuestro proceder, es más cristiano. Lo que Séneca dice conocer por aprobación casual de la voz pública, ¿no valiera mejor que lo supiera por mediación de Dios? *Quum de animorum eternitate disserimus, non leve momentum apud nos habet consensus hominum aut timentium inferos, aut colentium. Utor hac publica persuasione* ¹.

La debilidad de los humanos argumentos en este punto pruébase singularmente por las fabulosas circunstancias que los filósofos idearon para dar cuerpo á la idea de nuestra inmortalidad y para hallar la índole de que pueda ser la misma. Dejemos á un lado á los estoicos (*usuram nobis largiuntur tanquam cornicibus: diu mansuros aiunt animos; semper negant* ²), que conceden á las almas otra vida á más de la presente, pero finita. La idea más extendida y recibida, y que hoy día se profesa aún en diversos lugares, es la atribuida á Pitágoras, no porque fuera el inventor de ella, sino en razón al peso y autoridad que con su aprobación recibió, es la siguiente: « Que las almas al alejarse de nosotros no hacen más que rodar de un cuerpo en otro, de un león á un caballo y de un caballo á un rey, paseándose así sin cesar de casa en casa. » Pitágoras decía que se acordaba de haber sido primero Etárides, después Euforbo, luego Hermitimo y por último Pirro, de cuyo ser pasó á transformarse en Pitágoras; añadía que guardaba memoria de los sucesos de su vida anterior hasta doscientos seis años atrás. Sostienen algunos que las almas á veces suben al cielo y luego bajan á la tierra:

O pater, anne aliquas ad cœlum hinc ire putandum est
Sublimes animas, iterumque ad tarda reverti
Corpora? Quæ lucis miseris tam dira cupido? ³

Orígenes las hace ir y venir eternamente del estado de pureza al de impureza. Varron afirma, que el cabo de cua-

1. Al discurrir acerca de la inmortalidad del alma, hallamos un punto de apoyo nada frágil en el consentimiento universal de los hombres, para temer ó venerar á los dioses infernales. Yo pienso aprovecharme de este común asentimiento. SENECA, *Epist.*, 117.

2. Nos conceden una vida como la de las cornejas; dicen que el alma existe largo tiempo, pero no eternamente. CICERÓN, *Tusc.*, I, 31.

3. Dime, ¡oh padre! ¿es cierto que algunas almas, dejando la mansión celestial, descienden otra vez á la tierra y vuelven á tomar forma corpórea? ¿Por qué este violento deseo de salir á la luz miserable de la vida? VIRGILIO, *Eneida*, VI, 719.

trocientos cuarenta años de mudanzas vuelven al primer cuerpo de donde salieron; Crisipo dice que efectivamente acontece lo que Varrón sostiene, pero en un espacio de tiempo desconocido é ilimitado. Platón, que declara conocer por Pindaro y los antiguos poetas la creencia de las infinitas vicisitudes y mutaciones á que el alma está sujeta, dice que las penas ó recompensas en el otro mundo para ella son sólo temporales, como su vida lo fué en la tierra, y concluye que nuestro espíritu posee un conocimiento singular de las cosas del cielo, del infierno y de la tierra por la cual pasó, volvió á pasar y permaneció en distintos viajes, de que conserva recuerdo. He aquí los progresos de nuestra alma, según aquel filósofo: «La que vivió bien se unirá al astro que se la destine; la que llevó mala vida pasará al cuerpo de una mujer; y si con esto no se corrige tampoco, trasladaráse al cuerpo de un animal de naturaleza semejante á sus costumbres viciosas y torpes.» No quiero olvidarme de consignar la objeción que los discípulos de Epicuro presentan á esta transmigración de las almas de un cuerpo en otro y que bien puede mover á risa. Dicen así: «¿Qué acontecería si el número de muertos superase al de nacidos? porque en este caso las almas que se quedaran sin vivienda tropezarían unas con otras al querer procurarse nuevo estuche.» Pregúntanse también: «¿Cómo pasarían el tiempo mientras aguardaran lugar donde meterse? Por el contrario, de nacer mayor número de animales que los que mueren, siguen los mismos discípulos de Epicuro, los cuerpos se verían embarazados aguardando la infusión de sus almas respectivas; y ocurriría que algunos de ellos morirían antes de haber vivido.»

Denique connubia ad veneris, partusque ferarum
Esse animas præsto, deridiculum esse videtur;
Et spectare immortales mortalia membra.
In numero numero, certareque præproperanter
Inter se, quæ prima potissimaque insinuetur¹.

Otros hubo que detuvieron el alma en el cuerpo de los muertos para animar con ella las serpientes, los gusanos y otros animales que suponen engendrados por la corrupción de nuestros miembros y hasta por nuestras cenizas; otros la dividen en dos partes, mortal la una é inmortal la otra; algunos tiénela por substancia corporal é inmortal; sin embargo, otros la consideran como inmortal, pero desprovista de ciencia y conocimiento. Hubo también quien creyó que los diablos tenían por origen las almas de los condenados; y algunos filósofos nuestros lo entendieron así, como Plutarco entiende que los dioses salen de las que

1. Ridícula parece la suposición de que en el momento que los animales se unen para procrear, ó bien en el del parto, haya multitud de almas que se precipiten alrededor de los gérmenes corpóreos y que combatan tenazmente entre sí para ver cuál es más fuerte y logra penetrar la primera. LUCRECIO, III, 777.

se salvaron; y adviértase que este autor pocas son las cosas que sienta con mayor firmeza que ésta, pues en las otras partes de sus escritos reinan la duda y la ambigüedad: «Mener es, dice, reconocer y creer firmemente que las almas de los hombres virtuosos, conforme á los principios de la naturaleza y de la justicia divina, se convierten de hombres en santos y de santos en semidioses, tan luego como su estado es perfecto; en seguida que fueron purgadas y purificadas, cuando están ya completamente libres de toda partícula mortal, transfórmanse en dioses cabales y perfectos recibiendo con ello feliz y glorioso fin; y el cambio no se efectúa por precepto ni ley ordinarias, sino en realidad, conforme á la verosimilitud que la razón dicta.» Quien quiera ver á Plutarco discurrir sobre este punto extrañará que un filósofo que siempre se muestra como el más prudente y moderado de todos los de su escuela, se bata con arrojo tal al referirnos sus milagros en este particular, en su Discurso de la luna y del demonio de Sócrates, donde tan palmariamente como en cualquiera otro lugar, puede evidenciarse que los misterios de la filosofía guardan con los de la poesía relaciones grandes; el humano entendimiento busca su perdición cuando quiere sondear y examinar todas las cosas hasta el fin, de la propia suerte que cansados y trabajados por el dilatado curso de nuestra vida, volvemos de nuevo á la niñez. ¡He aquí las hermosas y verídicas instrucciones que de la ciencia humana alcanzamos en lo tocante al conocimiento de la esencia del alma!

No hay temeridad menor en lo que la filosofía nos enseña de la parte corporal. Elijamos solamente uno ó dos ejemplos, pues de otro modo nos perderíamos en el tormentoso y vasto mar de los errores medicinales. Sepamos siquiera si en este punto las opiniones concuerdan. ¿De qué materia se engendran los hombres los unos á los otros? — Y no hablemos del origen del primero, pues no es maravilla que en cosa tan alta y remota el entendimiento humano se trastorne y extravíe. — Arquelao el físico, de quien Sócrates fué discípulo mimado, decía según testifica Aristoxeno, que los hombres y los animales habían sido formados de un cieno lechoso expelido por el calor de la tierra; Pitágoras asegura que nuestra semilla es la espuma de nuestra mejor sangre; Platón dice que se desprende de la médula espinal, lo cual pretende probar sentando que esa parte de nuestro organismo es la primera que se resiente cuando el ejercicio del placer fatiga; Alcmeón dice que es una parte de la substancia del cerebro, y en apoyo de su aserto añade que la vista se enturbia de los que trabajan con exceso en el mismo ejercicio; Demócrito entiende que es una substancia extraída de la masa corporal; Epicuro la hace derivar del alma y del cuerpo; Aristóteles opina que es un resto del alimento de la sangre, el último que circula por nues-

tros miembros; otros quieren que sea la misma sangre después de transformada por el calor de los órganos genitales, lo cual inferen de que en los esfuerzos extremos se arrojan gotas de sangre pura. En este último parecer quizás haya alguna verosimilitud caso de que sea posible que exista alguna en medio de una confusión semejante. Ahora bien, para explicar la germinación de la semilla ¿cuántas ideas contradictorias no se emiten? Aristóteles y Demócrito dicen que las mujeres no tienen jugo espermático, y que sólo hay en ellas una agüilla que el calor del placer y del movimiento hacen salir al exterior, pero que en nada contribuye á la generación; Galeno y los que le siguen afirman, por lo contrario, que sin el contacto de la semilla del macho y la de la hembra la generación no podría tener lugar. También los médicos, filósofos, jurisconsultos y teólogos están en completo desacuerdo sobre el tiempo que las mujeres llevan el fruto en el vientre; por ejemplo propio ¹ puedo ir en ayuda de los partidarios del parto de once meses. No hay mujer por simple que sea de entendederas que no pueda darnos su opinión concreta sobre todas estas cuestiones, y en cambio nosotros, gentes cultivadas, somos incapaces de ponernos de acuerdo sobre ellas.

Y me parece que con lo dicho basta y sobra para demostrar que el hombre no está más instruido en el conocimiento de la parte material que en el de la espiritual de su individuo ². Propusimosle primero á sí mismo para que nos diera nuevas, y después su razón á su razón misma para ver lo que nos declaraba. Creo haber mostrado suficientemente cuán poco nuestra reflexión alcanza en lo tocante á la razón misma; quien no acierta á comprender su propia naturaleza ¿qué es lo que puede dar á conocer? *Quasi vero mensuram illius rei possit agere, qui sui nesciat* ³. En verdad Protágoras nos las contaba buenas cuando hacia del hombre la medida de todas las cosas; del ser que jamás pudo conocer su naturaleza; si no él, su dignidad no consentirá que ninguna otra criatura goce del privilegio de conocer la suya; y como aquélla es tan contraria, y un juicio destruye el otro constantemente, el decantado principio de Protágoras debe movernos á risa, y fundándonos en él podemos dejar sentada la insignificancia de la medida y del medidor. Cuando Thales asegura que el conocimiento del hombre es muy difícil para el hombre mismo, enseñanos que la ciencia de todas las demás cosas nos es imposible.

1. Según este pasaje, es verosímil creer que la madre de Montaigne estuvo ó creyó estar en cinta once meses antes del parto. (A. D.)

2. El alma es un mundo pequeño en que las ideas distintas son una representación de Dios, y las confusas una representación del universo. LEIBNIZ.

3. Como si pudiera darnos la medida de alguna cosa quien desconoce la suya propia. PLINIO, *Nat. Hist.*, II, 1.

Vos ¹, para quien me tomé el trabajo de ampliar, contra mi costumbre, un tan largo discurso, no dejaréis de mantener las doctrinas de Sabunde según la forma ordinaria de argumentar en que diariamente sois instruida, y ejercitaréis en ellas vuestro entendimiento y estudio, pues de la última estratagemata no hay que echar mano sino como remedio supremo. Es un recurso desesperado ante el cual debéis abandonar las armas para que vuestro adversario pierda las suyas; un procedimiento secreto del cual hay que servirse rara vez y cautelosamente. Temeridad grande sería el perderos por perder á otro; para vengarse no hay que buscar la muerte, como hizo Gobrias, quien hallándose luchando encarnizadamente con un señor persa, sobrevino de pronto Darío con la espada en la mano, el cual temió descargar un golpe por no atravesar á Gobrias, quien gritó que hiriese sin reparo, aun cuando á los dos los atravesase. Yo he visto desechar como injustos ciertas armas y condiciones en combates singulares, en los cuales el que los proponía abocábase, al par que á su adversario, á un fin inevitable. Los portugueses se apoderaron de catorce turcos en el mar de las Indias, quienes, impacientes de su cautividad, resolvieron y lograron convertirse en cenizas, al par que á sus amos y el navío que los guardaba, frotando clavos unos contra otros hasta que una chispa cayó en los barriles de pólvora de cañón que la nave conducía. Tocamos aquí los límites y confines últimos de las ciencias, cuya extremidad es viciosa, como acontece con la virtud. Manteneos en el camino trillado; no es nada provechoso ser tan sutil ni tan fino: recordad lo que dice el proverbio toscano:

Chi troppo s'assottiglia, si scavezza ².

Yo os recomiendo, así en vuestras palabras é ideas como en vuestras costumbres y en todo otro respecto, la moderación y la templanza; huid de lo singular y de lo nuevo; todos los caminos desusados me son ingratos. Vos, que por la autoridad que vuestra grandeza os procura, y más aún que la grandeza otras cualidades inherentes á vuestra persona, podéis con un abrir y cerrar de ojos mandar y ordenar á quien os plazca, debéis encomendar el mantenimiento de aquel argumento definitivo á alguien de profesión literaria que haya enriquecido vuestro espíritu. Sin embargo, creo que con lo dicho basta para todo cuanto en este punto habéis menester.

Epicuro decía de las leyes que aun las peores nos eran tan necesarias que sin ellas los hombres se devorarían los

1. Créese, como queda dicho más atrás, que Montaigne dedicó la *Apología de Sabunde* á la reina Margarita de Francia, mujer del rey de Navarra.

2. El mucho sutilizar ocasiona extravíos.

unos á los otros; y Platón demuestra que sin leyes viviríamos como los animales. Nuestro espíritu es un instrumento vagabundo, peligroso y temerario, difícil de sujetar á orden ni medida. Yo he conocido algunos hombres cuya inteligencia estaba por cima del nivel ordinario, cuyas opiniones y costumbres desbordáronse paulatinamente; es peregrino que entre los que aventajan á los demás en alguna cualidad extraordinaria ó singular haya quien mantenga su vida en sosiego, sociable, ordenada y tranquilamente. Es justo poner al espíritu humano las barreras y trabas más estrechas; así en el estudio como en todos los demás órdenes de esta vida terrenal precisa contar y ordenar sus pasos, precisa que el arte señale los límites de sus correrías. Se le sujeta y agarrota con religiones, costumbres, leyes, ciencias, preceptos, penas y recompensas mortales é inmortales, y á pesar de todo, á causa de su esencia voluble y disoluta, escapa á todos esos frenos: es un cuerpo vano que no tiene por donde ser atrapado, diverso é informe, al cual no puede imprimirse huella ni apresarlo. En verdad, hay pocas almas tan ordenadas, sólidas y bien nacidas que puedan dejarse en libertad completa, á quienes sea factible moderadamente y sin incurrir en actos temerarios vagar en sus juicios más allá de las comunes opiniones; lo mejor que puede hacerse es someterlas á perpetua tutela. El espíritu es un arma peligrosa para su propio dueño cuando éste no sabe emplearla de modo conveniente y ordenado; ningún animal tan necesitado como el hombre de antojeras para que su vista esté sujeta, y para que vea bien el suelo que pisa; para impedirle que se extravíe acá y allá fuera del que él holla y las leyes le señalan; vale más que entréis dentro del orden establecido, sea cual fuere, que lanzar vuestro vuelo hacia la licencia desenfrenada en que cae el que pretende investigarlo todo; y si alguno de esos nuevos doctores ¹ intenta lucir su ingenio en vuestra presencia, á expensas de su salvación y de la vuestra, para libraros de epidemia tan peligrosa que á diario se propaga en vuestra corte, aquel argumento en última instancia impedirá que recibáis daño del peligroso contagio, y asimismo las personas que os rodeen.

Así vemos que la libertad y licencia de los antiguos filósofos engendró en las ciencias humanas muchas sectas que profesaron opiniones diversas; cada cual procuró juzgar y elegir para tomar partido. Mas al presente que los hombres siguen una tendencia uniforme, *qui certis quibusdam destinatisque sententiis addicti et consecrati sunt, ut etiam, quae non probant, cogantur defendere* ², y que acogemos

1. Los protestantes.

2. Que por haber admitido y proclamado ciertos principios fundamentales se ven luego forzados á defender conclusiones que ellos mismos no aprueban CÍCERÓN, *Tusc.*, II, 2.

las artes en virtud de orden y autoridad ajenas, de tal suerte que las escuelas no tienen más que un jefe y están sujetas á disciplina circunscrita, no se mira ya lo que las monedas pesan ni lo que valen; cada cual las admite según el precio que la aprobación y curso común las asigna; no se ocupa nadie de la ley de las mismas, sino de lo que valen en el mercado. Así que, se aprueban igualmente todas las cosas, así la medicina como la geometría, los juegos de manos y encantamientos, el mal de ojo, las apariciones de los espíritus de los muertos, los pronósticos y los horóscopos, y hasta la ridícula investigación de la piedra filosofal; todo se acepta sin contradicción. Basta con saber que el lugar de Marte se encuentra en el medio del triángulo de la mano; el de Venus en el dedo pulgar; el de Mercurio en el meñique, y que cuando la línea transversal corta la protuberancia de la base del índice, es indicio de crueldad; cuando falta bajo el dedo corazón, y la media natural forma un ángulo con la vital en el mismo lugar, es signo de muerte desgraciada; si en la mano de una mujer la línea natural está abierta y no cierra el ángulo con la vital, cosa es que denota impureza. Apelo á vuestro testimonio para que me declaréis si en posesión de tanta ciencia un hombre no puede figurar como bien reputado y mejor acogido en cualesquiera sociedad y compañía.

Decía Teofrasto que el humano conocimiento encaminado por los sentidos podía juzgar de la razón de las cosas hasta un punto determinado, pero que al llegar á las causas extremas y primeras era preciso que se detuviera ó retrocediera á causa de su propia debilidad ó de la dificultad de las cosas mismas. Es una opinión que se encuentra en el término medio, que es el más aceptable y reposado, la de creer que nuestra capacidad puede llevarnos al conocimiento de algunas cosas, y que es impotente para explicarse otras en la investigación de las cuales es temerario emplearla. Pero es difícil poner trabas al espíritu, cuya índole es ávida y curiosa, y como no se detiene antes de los mil pasos, tampoco se para á los cincuenta; ha conocido por experiencia que lo que uno no pudo descubrir otro lo encontró ó lo resolvió, y que lo que era desconocido en un siglo el siguiente lo aclaró; que las ciencias y las artes no alcanzan desarrollo completo de un solo golpe, sino que se desenvuelven poco á poco, merced al repetido cultivo y pulimento, á la manera como los osos dan forma á sus pequeñuelos lamiéndolos á su sabor; lo que mis fuerzas no pueden descubrir, no dejo de sondearlo ni de experimentarlo, é insistiendo una y otra vez, removiéndolo y manejándolo en todos sentidos, procuro al que venga después de mí alguna facilidad para trabajar con mayor provecho y para que su labor sea menos espinoso encontrando la materia más flexible y manejable: